Whisky, puñales y rosas

J. M.

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

Encontré este manuscrito en un sobre dentro de una caja de delicias marroquís. Estaba revolviendo los papeles de mi padre en la antigua casa de mis abuelos cuando me topé con él. Me rebeló una verdad que ahora quiero compartir con todos vosotros, una verdad que me ha sorprendido y que me hace ver con otros ojos al hombre que me dio la vida. No he querido corregirlo editorialmente, no pretendo convertirlo en una obra de culto, pero sí que creo que es importante desde un punto de vista histórico e identitario. Lo único que me he permitido es dividir el escrito en varios capítulos, según he intuido que podrían darse por lo que se va contando en cada uno de ellos. Espero que, si alguien lo lee, lo disfrute tanto como yo. Un coordial saludo.

CAPÍTULO 1: UN HURACÁN LLAMADO LOLA (MEDIDADOS DE 1990)

-La cara de Chaplin al final de Luces de la ciudad es un mapa de sentimientos-me dijiste mientras te comías una manzana. Después de aquella mordida, la dejaste en un plato encima de la mesilla, te limpiaste las manos en el pantalón y me miraste fijamente, sonriéndome con una especie de ternura, inocencia y picardía.

Te habría besado otra vez, pero no me diste la oportunidad de hacerlo, te levantaste antes de llegar a tu boca y alejándote unos pasos, seguiste rememorando tu poesía. Caí en la almohada, y tumbado, admiré tu cuerpo, que bailaba al compás de tus propios versos.

-También lo es la de Betty Davis en la playa como una niña-fuiste hacia mí y te sentaste en mis rodillas, rodeándome con tus brazos. Al hacerlo, me encendiste aún más. La siguiente frase me la susurraste al oído-Eso es sueño, eso es vida, eso es cine.

En ese momento te encontraste con mis labios, y fuiste tú la que humedeció los suyos con mi saliva. Después te apartaste, te llevaste el dedo anular a su comisura y clavaste tus ojos en los míos, volviendo a sonreír. Me abriste la camisa con fuerza, arrancando los botones. Te quité la tuya con las mismas ganas y te quedaste en sujetador. Nos miramos frente a frente, y tras unos segundos, nos lanzamos a una lucha de caricias y besos.

Nos despertamos dos horas más tarde, uno en los brazos del otro. Había sido nuestra primera vez, y para mí, sin saberlo entonces, el principio de un sueño eterno, como el título de aquella película de la Bacall y el Bogart

que vimos en el cine club y que tanto te gustaba.

Pero en aquella época, con apenas dieciocho años, yo estaba más interesado en otros temas. Tú fuiste la chispa que brotó en mí el amor por lo humanístico. Antes de tu llegada jamás habría pensado juntar una letra con otra. Y sin embargo, ya ves, aquí estoy, intentándolo.

….

-Huelva tiene dos ríos, el Odiel y el Tinto, y los dos terminan en la ciudad-te recogiste el pelo con una gomilla verde y blanca y seguiste dándome datos sobre tu lugar de nacimiento-Cerca de allí se hacen "Las colombinas", que son las fiestas populares más importantes de la zona. Se celebra el descubrimiento del nuevo mundo-me miraste y diste una carcajada-Vamos, que no te importa una mierda, como si vengo de Noruega y me baño desnuda a cinco grados bajo cero.

La imagen me ruborizó. No pude evitar ponerme rojo. Desvié la mirada-Perdóname…-te dije. Sólo había podido fijarme en tu boca, mientras hablabas. Te levantaste del escalón y te fuiste al banco de madera que había en frente, a juntarte conmigo. Me tocaste la mano y empezaste a rascarla suavemente.

-Y siendo de Sevilla, ¿cómo es que nunca has estado en mi tierra? En verano se llena de "mi armas" hasta la bandera.

Te habría corregido pero en aquel momento no te dije nada. Nunca había estado en Huelva, no, pero tampoco mucho en la ciudad de la que hablabas. Venía de una burbuja, de una isla en medio de la urbe, cuyo nombre era Pino Montano. En el barrio teníamos nuestras propias normas, nuestras leyes, nuestros artistas, pilluelos y mendigos, nuestras putas, nuestros chulos, nuestros yonquis y nuestros delincuentes callejeros. Incluso había algún que otro capillita y sacábamos en procesión a una Virgen todos los miércoles santos. Pino Montano era el mundo que yo conocía. Sevilla era, en aquel momento, el extranjero.

-¿Nos llamas "mi armas"?-te dije pausadamente.

Sonreíste-¿Te molesta?

-Claro que no, me da igual…

Me cogiste ambas mano y te levantaste, instándome a que así lo hiciera yo también-Venga, que quiero enseñarte la cripta. Está enterrado Bécquer-Te apartaste y llenaste tus pulmones-Estamos respirando

literatura…

Tampoco te lo dije en aquel instante, pero debo confesar que al principio no entendía tu palabrería. Me llamaba la atención, me parecía algo extraño y diferente, pero me hacías sentirme un idiota. La chica onubense, la más guapa que había visto en toda mi vida, era un bicho raro que al mismo tiempo que me daba alas, que me hacía volar con un cosquilleo en el estómago, me hacía plantearme cosas, que nunca había pensado anteriormente.

Te pusiste en frente de la tumba de aquel poeta y cerraste los ojos. Después te diste la vuelta y me abrazaste. Se me erizó la piel. Nos quedamos así durante unos segundos. Olías a una sugerente mezcla de limón, canela y rosas.

….

Nos conocimos cerca del verano, en una fiesta que organizaron algunos colegas en común en una casa con patio en el centro, al lado del museo. Estábamos sentados muy lejos uno del otro, pero eso no me impidió que me levantara para invitarte a bailar. Me llamaste la atención desde el principio, con ese vestido rojo que acentuaba tus curvas y la rosa en un pelo tan negro y rizado, que parecía un terremoto apunto de estallar, un rayo acechante y su posterior estruendo. Lo sé, no te gusté nada, con mi camisa negra de Los ramones, mi pelo medio largo y descuidado, mis pantalones vaqueros y mis botas militares.

Dimos un paseo con la copa en la mano por algunas calles colindantes. Cuán caballero, te eché por encima mi chaqueta. Se despertaba el día y hacía una gran ventolera. Yo también me moría de frío, pero tenía que disimular ante ti, la dama que pretendía conquistar aquella noche.

Me contaste que eras de Huelva, que te llamabas María Dolores pero que te conocían por Lola y que estudiabas el primer año de bellas artes. Me dijiste también que eras comunista, que deseabas la unión del mundo en una sola dirección, que no hubiera ni ricos ni pobres, que todos fuéramos libres y felices. Y sin embargo, y aquello me sorprendió sobremanera, me dijiste que querías que Andalucía se separara de una España, que pensabas, siempre había sido un cuento para perpetuar la desigualdad y el poder y al mismo tiempo, oprimir a los pueblos, su cultura y su autonomía.

Te confieso que yo nunca me había planteado aquello. Me sorprendió, tenías toda la pinta de una españolista de pro. Yo, al contrario, parecía uno de esos atracadores de farmacia por los que las viejas cruzaban la calle y se santiguaban. Y te soy sincero: Ni siquiera tenía muy claro en aquel momento cuáles eran las diferencias entre la izquierda y la derecha. Yo me conformaba con el fútbol, los partidos con los colegas, salir de

fiesta de vez en cuando, las mujeres, y cómo no, mi fiel amante, el rock.

Tú eras de flamenco. Me comentaste, ya volviendo de camino a la fiesta, que había sido una apropiación indebida del pueblo castellano, que entendías su reivindicación en el sur, Murcia y Extremadura fundamentalmente, pero que te chirriaba eso de "patrimonio cultural español" Patrimonio universal sí, pero no una excusa para seguir convirtiendo a Madrid en un museo del esperpento, en el que se conjugaban sin ningún pudor y como en un parque temático, todas las piezas de un puzle, que según tu opinión, debía romperse de un golpe seco.

Te sentaste en la puerta de la casa y te quitaste los tacones. Me invitaste a que yo también lo hiciera, a tu lado. Había estado callado casi todo el tiempo. Nunca había conocido a nadie como tú, con esa personalidad tan arrolladora.

-Si quieres el jueves te vienes a una asamblea-me dijiste mientras te acurrucabas en mi pecho.

-¿Una asamblea?

Te volviste a incorporar-Claro-reíste y posaste tu espalda en el picaporte-te he visto muy interesado en todo lo que te decía. Menudo rockero estás tú hecho si no te adentras en los fauces del lado oscuro-diste una carcajada.

-¿Has visto La guerra de las galaxias?- me ilusionó mucho pensar que así era. Por fin teníamos algo en común.

Volviste a sonreír y me diste un paternalista beso en la frente-¡qué lindo eres!-me tocaste la barbilla-Estamos en 1990, ¿crees que hay alguien en este mundo que no la haya visto?

Me ruboricé y agaché la cabeza-Supongo que no…

Reíste y te levantaste, con la copa en una mano y los tacones en la otra-Y ahora dime, ¿vendrás a la asamblea?

….

La segunda vez que te vi fue en una esquina de la plaza de la Magdalena. Ibas muy diferente que en la fiesta de hacía tres días. El pelo recogido, gafas de sol y pantalones vaqueros. Me diste un beso en la mejilla y me acompañaste a la calle Pureza, donde estaba el taller de costura de los hermanos Pacheco.

Era una enorme nave en medio del corazón de la urbe, que me sorprendió mucho. En el centro, rodeada por máquinas de todo tipo, había una gran mesa metálica llena de telares de múltiples colores. Se habían improvisado unas sillas de plástico a su alrededor y cuando entramos, hablaba un chico moreno, de unos veintitantos años, que presidía desde el fondo. No había más de treinta personas, en su mayoría, jóvenes. El chico gritaba con pasión, con una voz firme y segura. Estaba de pie y de vez en cuando movía las manos, como un político. No había asientos libres, nos quedamos en la puerta, mientras saludabas con alegría a un compañero que llevaba una camisa del Che. Me impactaron las palabras de aquel hombre, su fuerza y su garra.

-Debemos seguir luchando, demostrando a Europa que Andalucía no es el culo de mundo-proseguía aquel chico-Somos un gran país, una nación milenaria que ha sido testigo de los acontecimientos más relevantes de la humanidad. No podemos quedarnos ahora en un segundo plano. Estamos aquí para ser la cabeza, los ojos, los pulmones, el pensamiento racional del universo-se besó la palma de las manos y las bajó como un globo, como sosteniendo el cosmos- Que no nos sigan tratando como si fuéramos una mierda, como ganado, como ovejitas a las que hay que guiar. La lucha es ahora, compañeros. Pues, si nosotros no nos levantamos, ¿quién va a hacerlo? Somos la esperanza de un pueblo que siempre ha estado oprimido y que no pide ni más ni menos, que lo que es suyo y le fue arrebatado-cogió una tela que era la bandera de la región, cerró su puño, la alzó y la dejó caer. Después puso los brazos en cruz y miró al techo. Casi todos los presentes comenzaron a aplaudir y a vitorear sus palabras. Yo también lo hice, pero te vi estática. En ese momento no sabía porqué, pero me di cuenta de que no te había gustado su discurso.

El chico pidió silencio moviendo las manos- ¡Calma!, ¡calma!, ¡calma! Me alegra vuestra efusividad. Ese es el espíritu. Además, hoy os tengo una noticia que va a cambiar nuestro destino para siempre. Vamos a avanzar, a dar un paso más en nuestra lucha. Compañeros, debemos estar más unidos que nunca. Sé que hemos hecho un progreso muy grande en los últimos años. Hemos ayudado a personas que así lo necesitaban, nos hemos hecho oír a través de manifestaciones, propaganda y viajes promocionales por toda nuestra geografía. Ya somos más de 2000 hermanos. 2000 andaluces dispuestos a hacerlo todo por la patria-acentuó esa última palabra para después hablar más pausadamente-Pero como digo, hoy va a ser un antes y un después, un día muy especial para todos nosotros-la gente lo escuchaba con mucha atención. Dejó unos segundos antes de decir lo siguiente- Vamos a comenzar un proceso constituyente. Andalucía será libre de una vez por todas-subrayó el final, dando un golpe en la mesa, con el puño cerrado. La mayoría de los presentes volvieron a aplaudir. Tú seguías inerte.

El hombre pidió silencio nuevamente-Hermanos…Vamos a seguir nuestra lucha desde la cúspide y cambiar las cosas por dentro. Vamos a

bombardear el parlamente con la palabra, convencer a todos nuestros compatriotas y una vez hecho eso, imponer un régimen comunista en el sur de la península ibérica. Recuperaremos nuestro territorio y seremos un cauce para el cambio global. Haremos política para que la política no vuelva a ser un problema. Es hora de luchar más que nunca. Por Andalucía libre y la humanidad-alzó el puño. El público se levantó y rompió en vítores y palmas. Solo permaneció sentado un chico, que en medio de la gente, miraba a todas partes. Me fijé especialmente en su cara de pocos amigos. Fui testigo primero de como daba un puñetazo sonoro en la mesa, cortando los aplausos en seco. Después se levantó y habló, gritando con ímpetu.

-¿Pero qué queréis?, me cago en la puta madre que parió al demonio-se fue hacia la improvisada tribuna y se colocó al lado de la persona que había estado hablando hasta ese momento-¿Qué queréis?, ¿Qué os follen una y otra vez y encima, dar las gracias?-volvió a dar un golpe en la mesa-Despertad, comunistas de pacotilla-cogió la bandera que tenía en frente y la alzó-La patria nos reclama. Si nos metemos en política, nos van a joder igual, ¿es que no os dais cuenta?-Miró a su predecesor-Tus palabras no sirven para nada-y le tiró la bandera, que cayó al suelo.

Su colega la recogió y la puso en la superficie metálica, después se pronunció. La gente permanecía en silencio, observando atentamente la escena-Mateo, lo primero cálmate, por favor te lo pido. Lo segundo-se sentó y se cruzó de brazos-tienes la palabra, te escuchamos. ¿Cuál es tu proyecto? Debatamos.

-Camarada Gonzalo. Yo creo que el problema está en la perspectiva-tras decir aquello, se subió a la mesa y se fue hacia el medio de la misma-Si los putos empresarios son un obstáculo-dijo topándose con un telar medio vacío-…pues se le da una patada en los cojones…y punto-le dio un fuerte golpe y cayó al suelo, entre algunos compañeros.

-Bájate ahora mismo de ahí- dijo Gonzalo alzando las manos…

No le hizo ningún caso-¿Habéis visto como se mosquea el proletario? ¿Qué pasa Gonzalito? ¿Si rompo algo mañana tienes que pagarlo tú?-Bajó por el extremo opuesto. Estaban uno en frente del otro, separados por ese mar de telas. Iba a darse una pelea dialéctica.

-¿Y tú qué sabes? Si desde que empezaste a venir a las reuniones, lo único que has hecho es quejarte todo el tiempo. Pero no has aportado nada más que malas caras y reproches. Venga, señor sabelotodo, ¿dónde están esas ideas innovadoras que nos hagan cumplir con nuestros objetivos sin pasar por las urnas?

-Es sencillo…ni Dios, ni patria, ni rey, ni coñas marineras-alzó sus manos una vez más-estas llagas son toda nuestra legitimidad. Me paso el día

agotado para darle de comer a mi familia. ¿Y sabes que es lo que tengo? Facturas, desprecio y dolor…Sí, eso es lo único que nos queda a los millones de cabrones que habitamos este mundo-dio otro golpe en la mesa-¿Y qué buscan los curas o los señores?, pues está bien claro tío, quieren tenernos encerrados en su puño. La política es una manera de mantenernos agarrados por las pelotas. O aquí sale un Robin Hood, un cabrón con dos cojones bien puestos, que les plante cara, o nos olvidamos para los restos. El partido andalucista, izquierda unida, ¿estáis tan ciegos que no sois capaces de daros cuenta? Camaradas, todos son la misma mierda. Yo propongo una acción más contundente. Tú dices que Andalucía es nuestra nación. Estoy de acuerdo. ¿Y por qué no luchamos por ella de verdad, como andan haciendo los vascos durante tantos años? Me da vergüenza ser andaluz y ver a esos engominados detrás de esos maniquís de madera, con esas flores horteras adornando su cúspide. ¿Y qué me decís de los locales con la banderita y el toro, como si fuéramos una mini Francolandia? Me da asco de esos fachas, que ataviados con sus tirantes y sus gafas oscuras, se pasean orgullosos por la plaza de América, la Magdalena, o el Duque. ¿Por qué no podemos enfrentarnos a ellos? ¿Por qué no podemos limpiar nuestro país de su presencia?-dio otro golpe en la mesa-Yo propongo acabar con esta plaga a base de revolución y anarquía. Después de la guerra, me imagino poniendo una escalera que llegue hasta lo alto de la plaza de España, donde cuelga la banderita esa de los putos cojones, tirarla, quemarla, pisotearla en el suelo y colocar la nuestra, la nueva, la de la libertad. ¿Qué os parece?-La gente se levantó, arrancándose en aplausos al unísono. Esta vez sí me acompañaste. Incluso diste un que otro silbido-Compañeros-prosiguió el chico-Cataluña, la que mira a todo el mundo por encima del hombro, se quedó con la industria y con nosotros como mano de obra. Ahora es el momento de atraer a nuestros compatriotas, que regresen a una tierra rica y próspera, en la que puedan crecer nuestros hijos y que no tengan que emigrar nunca más a un lugar tosco y miserable. ¿Sabéis porque le pegaron a mi abuelo una paliza con diez años? Porque le pidió unos zapatos al capataz de la finca en la que trabajaba. Me lo decía con lágrimas en los ojos, dos años antes de morir. Esto es por nuestros abuelos, nuestros padres, hermanos, amigos... Es por todos nosotros. Es una lucha, como bien decía Gonzalo, pero no de las urnas, no, sino desde las manos y la cabeza. Nuestra herramienta de trabajo y nuestro pensamiento. Gonzalo-le habló directamente mirándole a los ojos, desafiante-Has caído en lo mesiánico. ¿Eres el Dios de ese nuevo mundo del que hablas? ¿Qué es eso de mirar al techo con los brazos en cruz como si fueras el elegido? Es de vergüenza ajena. Creo que quien se quede contigo va a conocer el infierno, como esos pobres diablos del Palmar de Troya, tres calles más abajo. Yo voy a salir por esa puerta, quién se venga ahora conmigo va a cambiar de verdad la historia de este país. Allá cada uno con su conciencia.

Mateo salió de la estancia. Fueron pocos los que se atrevieron a acompañarle, en total, cuatro hombres y dos mujeres. Tú y yo nos incluimos en esa lista. Sin saberlo, me había comprometido en una lucha,

que cuatro días antes, ni siquiera conocía.

….

La tercera vez que te vi fue para enseñarme las postrimerías de Juan de Valdés Leal en la iglesia de la Caridad. Lo cierto es que yo ni siquiera había pasado mucho por allí. Estaba un poco harto de tanta parafernalia religiosa y así te lo hice saber sin tapujos antes de meternos dentro de aquel templo.

-Anda, que te van a dar el premio a la sensibilidad artística-me dijiste al subir el escalón del pórtico y mientras me tapabas los ojos. Me encantó sentir el tacto dulce de tu piel. No me apartaste las manos hasta estar en frente de uno de los cuadros que querías que viera. Te confieso que no me dijo nada especial. Incluso sentí una especie de vergüenza, un miedo de ser tonto o ignorante, que en aquel momento, no sabía comprender ni gestionar.

-Venga, heavylongo…¿qué te parece?-me abrazaste por detrás y me diste un beso en la mejilla.

-Es…bueno, es bonita-te dije

Te pusiste a mi lado, me cogiste la mano, miraste de izquierda a derecha, y la guiaste por el marco y el contorno de la tela hasta donde podían llegar las uñas. Era como tocar un mapa rugoso. Tus dedos se confundieron con los míos. Los aparté, nervioso y tras unos segundos más de contemplación, nos sentamos en un banco cercano. No había nadie en la estancia y me acariciaste el muslo. Fue entonces cuando me besaste en la boca por primera vez. Tus labios sabían a chicle de menta. Quise volver a intentarlo, pero estaba claro que tú llevabas la pauta. Te levantaste y fuimos a comernos una hamburguesa a la Plaza Nueva.

En ese momento no me dijiste lo que significaba para ti aquel esqueleto rodeado de riqueza y sosteniendo una espada y un escudo, cuán caballero de la muerte. No tardé mucho en averiguar porqué le profesabas tanta admiración.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2: FUNDIENDO EL ORO DE LAS INDIAS (FINALES DE 1990)

Recuerdo cuando me llevaste a ver el mar a Huelva. Me daba vergüenza reconocerlo, pero hasta ese momento sólo lo había imaginado, como aquellas cosas abstractas que veías por foto y que bailaban una y otra vez en tu cabeza, pero que no podías tocar. Sin embargo, no te dije nada para que no pensaras que era aún más idiota de lo que ya intuías.

Para mí el mar en aquel instante, y ahora lo recuerdo y no puedo evitar poner una sonrisa, era como la torre Eiffel, sabía que había una en Paris, en los campos Elíseos concretamente, pero Pino Montano, mi barrio, era muy diferente a todo aquello. Con sus bloques de pisos, con sus chimeneas echando humo, era el único horizonte que había visto en toda mi vida. Mi mar eran descampados desérticos, antenas, cables enrollados y macetas en los balcones. Un corazón que latía entre porquería y que ahora me recuerda a una famosa canción del genio Sabina.

Aunque eras de Huelva y allí no había playa, tus padres tenían un apartamento, de menos de 50 metros cuadrados en Mazagón, una pequeña aldea costera. Apartamento al que me invitaste un fin de semana de principios de agosto, coincidiendo con sus fiestas populares. Tu familia, muy ocupada en su negocio hostelero de la capital, no podría asistir.

Llegamos ya de noche y solo nos dio tiempo de cambiarnos y dirigirnos ipso facto a la calle del negro, lugar en el que habíamos quedado para beber con algunos de tus amigos. Estuvimos allí menos de media hora y a pesar de que no portábamos ropa adecuada y de que la oscuridad era casi total, me dijiste que me ibas a llevar a la playa. Caminamos unos minutos y nos adentramos en un suelo de arena que me sorprendió. Olía a una mezcla de sal y agua y, no sé por qué, rezumaba libertad. Me encantaba sentir el viento, esa brisa marina por primera vez en mi cara. Fue en ese instante cuando empezaste a quitarte la ropa y la tiraste, sin más, al suelo. Te quedaste en bragas y sujetador y me cogiste la mano, para que hiciera lo mismo. Te imité, a pesar de que hubiera grupúsculos de gente por todas partes y de que estuviera tan nervioso, que me temblara hasta el alma. Ya sumergidos, me guiaste hacia tu contorno y formamos un cordón perfecto.

Sí, la primera vez que vi el mar fue junto a ti, de noche y bañándonos semidesnudos. Nos besamos allí mismo, a la luz de la luna. Al día siguiente, regado por los rayos del sol, me pareció extraño, como más grande, inalcanzable, pero al mismo tiempo, menos íntimo, menos testigo de nuestra pasión. Ya ves, contigo todo era al revés. Hasta prefería un mar siniestro, casi invisible pero de inmensa perspectiva. Un mar que era

como tú, imprevisible y hermoso.

….

En septiembre, coincidiendo con el segundo año de tu carrera, comenzamos a quedar con Mateo en su casa. Vivía en un destartalado edificio del centro de la ciudad, cuyo portal, al que se accedía apartando unas simples placas metálicas, tenía parches en las paredes, porquería en el suelo, algún peldaño que otro de las escaleras roto y los buzones, tirados por doquier, arrancados de cuajo.

Su vivienda, sin embargo, tenía cierto encanto. Era un piso, minúsculo, con solo dos habitaciones, pero rezumaba vida. Mateo tenía dos hijos pequeños que andaban de un lado al otro de la estancia mientras conversábamos sentados en el sofá alrededor de una mesa camilla, Libertad, de tres años y Pablo, de dos. Además, Juani, su esposa, una delicada joven de tez nórdica y cabellos de oro, esperaba un tercero para diciembre, que según decía su padre orgullosamente, iba a llamarse Santiago por Carrillo, el insigne dirigente del partido comunista.

Habían formado un hogar idílico que, por desgracia, a veces olía a una mezcla de basura y vejez que entraba por las ventanas de un patio cercano y que parecía un pozo de miseria y asco. Un agujero podrido dentro de la alegría. En aquel momento no lo sabía, pero ahora lo habría comparado con Las flores del mal, aquel libro que tanto te gustaba y del que hablabas con lágrimas en los ojos.

-¿Y a que huele lo viejo?-recuerdo que me dijiste un día comentándote todo aquello mientras salíamos del portal después de uno de esos encuentros. Lola, no te lo dije en aquel instante, pero me dio miedo, por primera vez, encontrarme con tus ojos de locura y fuego.

-La casa huele a vejez y basura-te dije al mismo tiempo que me ponía la roída chaqueta vaquera que siempre me acompañaba y apartaba mi mirada de la tuya-Ya sabes, las casas que se quedan antiguas…

Me tocaste la barbilla y sonreíste-La vida no huele a whisky y rosas, Manuel. Casi nunca es así…El mundo también son pañales usados, comida putrefacta o sangre coagulada-pusiste una mueca-y no me mires así, son unos versos que me aprendí de memoria, solo eso-te pusiste el casco, subiste a la moto, la arrancaste y te marchaste de allí, dejándome pensando en esa imposible mezcla de alcohol y flores. Tuvieron que pasar

años para que te entendiese.

Dos días después picaste a la puerta de mi casa y me llevaste en moto hasta un poblado chabolista a diez minutos de la Giralda. Cuando llegamos salieron más de diez niños en tu busca. Había una alegría inmensa en todos ellos. Sacaste una bolsa con chucherías de la maneta y las repartiste. Cogiste a una niña de dos años entre tus brazos y la llevaste a los de su madre, que nos miraba con una sonrisa desde la puerta de su casa, una insólita mezcla de chapa y cartón en medio de la nada.

Entramos en aquella estancia y nos sentamos un rato. La mujer nos ofreció agua que portaba en una jarra de plástico y que estaba medio fría. Tú le diste un sobre que dobló y guardó en el bolsillo de su bata. Después te dio un cálido abrazo. Entendí que era una cantidad de dinero.

Después entramos en una habitación donde había otro niño, esta vez de unos cinco años. Nos miró con una pequeña mueca de alegría, pero estaba demasiado débil como para incorporarse. Estaba casi en los huesos y respiraba con dificultad. Te sentaste en la orilla de la cama y le diste un sonoro beso en la mejilla. Luego le acariciaste el pelo y comenzaste a cantar mientras clavaba sus inocentes ojos en los tuyos. Me encantó oír por primera vez tu voz flamenca, realmente hermosa.

¡Ay mi niño como duerme

Cómo pájaro que vuela

Por el aire, por el viento

Por los sueños sin cadenas!

Tampoco te lo dije, pero aquella noche lloré tumbado en mi cama. No podía dormir después de tanta miseria. Pino Montano era el paraíso en la tierra comparado con aquello. No se podía tener cinco años, una rara y penosa enfermedad y ser tan pobre como una de aquellas ratas que le mordían de vez en cuando mientras dormía.

Aquella visita me convenció mucho más que diez millones de libros. Había que hacer algo para cambiar el mundo que nos rodeaba. Un mundo que, me daba cuenta, no olía siempre bien, pero cuya mierda había que seguir defendiendo. Ya no había escobas que valieran, ya no había excusas

posibles.

….

Me encantaban las reuniones en casa de Mateo, sobre todo porque no parecían política, o al menos de esa que salía siempre en los telediarios, aburrida y cansina. Las ideas de aquel chico eran muy fáciles de entender. Se basaban en tres conceptos fundamentales, libertad, lucha y reparto de la riqueza.

Fue en la tercera de aquellas charlas, cuando planeamos nuestros primeros robos. Queríamos construir un nuevo mundo muy alejado del vil capitalismo, queríamos acabar con el dinero o la acumulación de bienes. El único poder a partir de ese momento, sustentado en la justicia, el respeto y la fraternidad, se llamaría comunismo. Es decir, unión y solidaridad colectiva.

Pero paradójicamente, antes debíamos estar preparados para la guerra, ya que el cambio solo podía llegar a través de una clara y contundente revolución que hiciera tambalear los cimientos de nuestro mundo. Debíamos hacernos con el control de grandes cantidades de dinero, usarlo correctamente y dinamitar la cúspide del triángulo, los altos mandatarios y sus fauces, iglesia, policía y ejército, fundamentalmente.

Mateo lo llevaba madurando en su cabeza desde hacía ya muchos meses y aunque, en teoría, nos pedía nuestra opinión y nuestro aporte, no habría estado dispuesto a cambiar ni una coma de su estrategia. Yo lo admiraba cada vez más. Lo veía como un héroe dispuesto a arrancar de cuajo las cadenas que ataban a su pueblo. Lo veía luchando, cuán personaje de comic, contra toda clase de villanos, señores e incluso dioses. Y al mismo tiempo, ¡qué sensación más extraña!, pero a mis 19 años, me consideraba también a mí mismo como un ser elegido, como una pieza clave para cambiar el transcurso de la humanidad. Ahora me parece tan distinto…que casi se me antoja un sueño abstracto y fantasmagórico.

En fin, aquella charla fue la razón por la que nos vimos implicados en más de diez robos a algunas de las iglesias más importantes de la ciudad hasta el mes de diciembre de 1990. Un gancho distraía al cura en su despacho. El resto intentaba conseguir las llaves de la capilla o el museo secular, si es que lo hubiera. Mateo tenía un colega artesano muy implicado en nuestra lucha. Fundía las piezas de oro y plata, hacía joyas nuevas, se las quedaba y nos daba el equivalente a su empeño. Todo formaba parte de un engranaje bien engrasado. Tanto es así, que logramos hacernos con un botín de más de tres millones de pesetas en menos de cuatro meses. Lo malo era que no podíamos actuar muy a menudo, ya que la policía estaba al acecho y que, nos exponíamos demasiado. En todo caso, a mí me parecía lo más emocionante que había hecho en toda mi vida, lo único

emocionante.

El segundo paso de nuestra estrategia sería comprar armas. Mateo las justificaba como una simple cuestión de defensa. Decía que íbamos a introducirnos en las cloacas del estado y que debíamos estar preparados para la lucha. Nos convenció de que nadie iba a resultar herido, que sólo sería un recurso intimidatorio. De todas formas, llegados a ese punto y con la adrenalina de los robos a flor de piel, quería nuevas sensaciones y no me habría importado llegar a cruzar cualquier tipo de límite.

El chico, que se había convertido en nuestro mentor y guía, contaba el dinero del último palo y lo amontonaba en la mesa de camilla cuando nos dijo algo sorprendente-Si tuviera que matar a uno de esos opresores hijos de puta, os juro que no me temblaría el pulso.

Pero más sorprendente aún me pareció lo que dijo Manoli después-Por supuesto, cuanta con nosotros, compañero.

Te miré a ti en ese instante, tenías una cara de desaprobación que no entendía. Parecía que no estabas completamente de acuerdo con ese tipo de lucha.

….

Don Leandro, el cura de Santa Eulalia, estaba a punto de cerrar la puerta de la sacristía, cuando la bloquee con las manos. Recuerdo que era un día lluvioso y frio de finales de diciembre. El hombre, de unos 75 años, me miró con miedo. Le dije que quería consejo espiritual. Aquel día yo iba a ser el gancho.

El sacerdote, muy amable y simpático por otra parte, me invitó a pasar y cercó la cancela tras de sí. Me acompañó a su despacho, se sentó delante de un gran escritorio de caoba, cogió una hoja de papel, sonrió y se pronunció mirándome a los ojos.

-Veamos, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Te vas a casar?, ¿algún problema de fe?

Aparté la mirada. El otro cura con el que me tocó hacer de gancho era antipático y arrogante, pero este, sin embargo, era todo lo contrario, parecía al menos, una gran persona. No me gustaba la iglesia ni su hipocresía, pero a aquel hombre se le intuía una gran vocación. Estaba nervioso pero contesté levemente, mientras movía la pierna sin parar.

-Más bien lo contrario…He pensado en ingresar en el seminario

El hombre sonrió aún más-¿Quieres decir que has sentido la llamada de

Dios?

-Sí-dije sin vacilaciones.

Se levantó y se fue hacia mí, instándome a que yo también lo hiciera y dándome un fuerte abrazo. Sentí una gran compasión por él. Después volvió a sentarse.

-Me alegra mucho que quieras seguir el camino de Dios. Hoy en día hay muchos jóvenes que se han apartado de la iglesia. Pero es gratificante encontrar a nuevos corderos para el rebaño. Algunos incluso hasta me dan miedo, con esos pelos largos, esas camisetas negras…

Me había cortado el pelo y llevaba una imagen muy distinta de la habitual, más bien de típico pijo sevillano, con gomina, polo y pantalones de pinza incluidos. Nos servía para ganarnos la confianza de los clérigos y al mismo tiempo, para pasar desapercibidos cuando nos denunciaran. Ahora me acuerdo y me hace gracia.

Miré el reloj. Ya habían pasado cinco minutos. Tenía que abrir la puerta para que entraseis tú, Juan, Manoli y Mateo. Le dije al sacerdote que debía ir al servicio con urgencia y que luego seguiríamos hablando del tema. Me indicó que estaba al final del pasillo, salí, abrí la cancela e indiqué a mis compañeros donde estaba la capilla. Después volví a entrar en el despacho y me senté.

-Mira-se pronunció el hombre al verme entrar nuevamente-estoy apuntándote aquí el número de teléfono del padre Miguel Martos. Él lleva el tema diocesano en toda la provincia. También te voy a apuntar otros teléfonos de interés-subió la mirada y clavó sus ojos en mí-¿colaboras con alguna ONG o algo así?

Estaba cada vez más nervioso. Solo podía pensar en vosotros cuatro rodeados de objetos en la capilla. Me trabé al responder-¿ONG?

-Sí, si quieres ser sacerdote tienes que ayudar a los demás. Nuestra labor debe ser siempre de ayuda desinteresada. Yo trabajo con todo tipo de asociaciones...A ver, ¿tampoco has estado en ningún campamento católico juvenil? ¿De qué parroquia vienes?

-De Pino Montano-después me arrepentí de aquel fallo, diciendo mi verdadero barrio, pero fue lo único que se me ocurrió. Mi mundo, en aquel momento, no era mucho más grande que eso.

Volvió a sonreír-Vaya …me encanta.

-¿Le gusta Pino Montano?

-Claro, es uno de esos sitios que hacen las delicias de un cura con vocación, como yo-sonrió-Conozco mucho al padre Lorenzo y hemos ayudado a más de trescientas familias sólo este año-Es extraño que nunca hayamos coincidido.

Tragué saliva-bueno, ya…

El hombre frunció el ceño-¿Y por qué has venido aquí y no has hablado directamente con el padre Lorenzo?

Estaba cada vez más nervioso, pensaba que me tenía acorralado y que me cazaría en cualquier momento-yo…

El cura volvió a sonreír-no te preocupes, te entiendo. Yo tampoco se lo dije a mi confesor. Este tipo de decisiones es mejor contárselas, al principio, a gente con la que no tienes confianza. El padre se alegrará mucho de que uno de sus feligreses haya tomado esta decisión, ya lo verás.

-Sí

-Seguro que sí. Además, me gusta especialmente que seas de Pino Montano, allí tengo a grandes amigos. Y hay tanto por hacer…tanta miseria. Hay muchas familias que no pueden llegar a fin de mes. Y es que la riqueza, en general, está injustamente repartida, pero bueno, ¿qué te voy a contar a ti, que supongo que vives allí? Habría que cambiarlo todo y estos gobernantes, ya ves como son, más dispuestos a subir impuestos que a hablar de dignidad humana.

Sin duda no me encontraba ante uno de esos sacerdotes hijos de puta más interesados en llenar la panza que en ningún tipo de labor caritativa. Aquel hombre era en definitiva, y eso fue algo que subrayé con sus palabras, una buena persona.

En ese momento se escuchó un ruido. A Mateo se le había caído un enorme candelabro de oro al intentar salir por la puerta. El sacerdote se levantó y se fue hacia la de su despacho. Yo hice lo propio y traté de impedir que abandonara la sala, pero no quería hacerle daño y la abrió. Se encontró de frente con Juan, que le miró con estupor. Tiró su bolsa al suelo y saltó corriendo hacia la calle. El cura se giró, me miró con desaprobación y luego marchó hacia la cancela, posando sus brazos en sus barrotes y echando un vistazo por todos lados. Después se dio la vuelta y se acercó hacia mí, desafiante.

-¿Por qué me has engañado?-me dijo. Podía haberlo apartado, pero me daba pena y no quería lastimarlo. En vez de eso, fui reculando con cada

una de sus palabras, hasta toparme con la pared-Si no creéis en la iglesia no pasa nada. Nadie está obligado, pero por favor, respetadnos. Tú tienes cara de buen niño. Dime, ¿quiénes son tus cómplices? Si no hablas voy a llamar a la policía eh-me tocó el hombre de forma compresiva y me miró a los ojos. Se le intuía miedo, pero al mismo tiempo un gran amor, una gran compasión y vocación de servicio-Si tienes algún problema puedo ayudarte. No tienes por qué hacer esto.

Fue justo al decir esa última frase cuando Mateo le atizó con el candelabro dorado que había dejado en el suelo. Había permanecido escondido detrás de un viejo confesionario. El hombre cayó de rodillas en mitad de la estancia y se llevó las manos a la cabeza, sangrando por la nuca. En esa postura, Mateo le pegó una patada en el estómago y lo tumbó en posición fetal. Después siguió dándole patadas sin parar, mientras gritaba de dolor.

-Hijo de la gran puta, cerdo esclavista, te voy a mandar con San Pedro-le decía con cada envestida, con los ojos inyectados en sangre y una gran rabia-los curas sois el cáncer de este mundo y no seremos libres hasta que no estéis todos encarcelados o muertos-acentuó esa última parte.

Lo cogí por detrás y lo aparté. El hombre yacía en el suelo, malherido-vámonos de una vez-le dije. Parecía haber entrado en una especie de éxtasis del que salió con mis palabras. Me tocó el hombro y nos fuimos, corriendo calle abajo. Cogimos el coche y nos trasladamos al local de Pere, a dejar la mercancía. Por el camino hablamos sobre lo sucedido. Mateo solo dijo una frase al respecto-Se lo merecía, por facha…

….

Juani, la esposa de Mateo, dio a luz a un precioso bebé de dos kilos y medio un día después de aquel encontronazo con el cura de San Leandro. Recuerdo que fui a verlo con Sergio porque tú ya no querías saber nada de aquel grupo. Lo habíamos hablado la noche anterior. Me comentaste que la lucha no debía ser la guerra, que no podíamos pasar ahora al bando opresor, que la anarquía no tenía nada que ver con eso. La paliza a ese pobre anciano era un sin sentido y te había hecho abrir los ojos. Yo, sin embargo, aunque quería seguir conociéndote, admiraba demasiado a aquel chico y sus radicales ideas. No sabía hasta donde me podría llevar aquella seducción, pero no estaba dispuesta a tirar la toalla tan pronto.

Cuando Juan y yo llegamos a la habitación del hospital de la Macarena nos encontramos con Mateo de pie en frente de la cama de su amada y con el niño pequeño en brazos. Puso una gran mueca de alegría al vernos y nos lo enseñó.

-Os presento a Santiago, compañeros-dijo con lágrimas en los ojos. Se

había emocionado con nuestra llegada.

Media hora más tarde bajamos los tres hombres a la cafetería del lugar, dejando a la madre durmiendo con el recién nacido. Mateo nos invitó a un café en la barra. Teníamos a dos chicos más o menos de nuestra edad justo al lado, uno de ellos leía el periódico ABC, edición local y precisamente empezó a comentar el suceso acontecido con el cura. Estuve muy atento a sus palabras, fingiendo prestar atención solo a las de Mateo, que hablaba sin parar sobre su nuevo retoño. Eran dos de esos pijos de mierda, con más gomina en el pelo que sentimientos.

-¿Has visto?-dijo el más pequeño y gordo con voz ronca-Otra vez han robado en una iglesia y esta vez le han pegado una paliza a un cura y el pobre está coma.

-Es que no hay huevos-dijo esta vez el más alto y delgado, que llevaba gafas de sol oscuras-lo que hay que hacer es colgarlos en la plaza pública-dio un golpe en la barra-Joder, yo acababa con esos melenudos en un segundo. Y luego les daba un pico y una pala, a picar piedra…

-Los comunistas son escoria-dijo otra vez el más bajo. Dobló el periódico se lo puso en el hombro y salieron por la puerta.

Aquella conversación, he de confesar ahora, me dio un poco de miedo. ¿Era este el principio de una guerra entre bandas? En todo caso si algo estaba claro era que estaba dispuesto a luchar y dejarme la piel. Seguí escuchando a Mateo, que hablaba orgullosamente de su familia.